



Hacerse de palabras

Héctor Anaya

Efraín Huerta. Palabra de poeta	209
Lamentación por Rosario Castellanos	211
Elías Nandino. Un poeta, un poeta nada más...	216
Las obsesiones de Vargas Llosa	227
Había una vez... libros para niños	245
Las últimas palabras. Los ritos del morir	254

Había una vez... libros para niños

Cada año, con motivo del día del niño o de las ferias del libro infantil o simplemente del día del libro, se discute si hay, si debe haber literatura infantil, si los niños necesitan que se escriba especialmente para ellos y se pone en duda, incluso, si hay verdaderos autores preocupados, interesados, por ellos.

Este año (2001), la iniciativa presidencial de gravar los libros con el IVA y la censura literaria del secretario del Trabajo, Carlos María Abascal, quien reclama para sí el derecho que los padres tienen de guiar a los hijos en sus lecturas, le da especial relieve a la producción libresca que se ofrece a los niños y en especial a los adultos para que la obsequien a los niños.

Las dos actitudes parecen conspirar contra "esa forma de la felicidad que es la lectura" (Felipe Garrido *dixit*). Por una parte, se le resta a la gente la posibilidad de comprar libros y se reduce aún más al grupo selecto capaz de no resentir el incremento del IVA y proseguir su hábito de lectura y por la otra, al determinar qué se lee, se circunscribe la imaginación y se decreta qué clase de sueños se pueden tener.

En esas condiciones cobra importancia el libro *Historia y muestra de la literatura infantil mexicana*, de Mario Rey, lector, escritor, editor, promotor, in-

vestigador, quien ha tratado de introducir un poco de orden y real conocimiento sobre el origen, el sentido y el destino de las obras creadas para los niños o adoptadas por éstos, ahora que se observa un verdadero auge de la producción de libros creados para los niños.

—Yo creo que en México hay un especial interés de obras para niños a partir de la creación de la Feria del Libro Infantil...

—*Tú le dedicas en tu libro un capítulo, como si fuera el muy manido "parteaguas", en este caso de la literatura infantil.*

—A mí me parece que sí, que en el siglo xx, la Feria del Libro Infantil es un parteaguas, porque se dedica a poner en contacto a los escritores y a las editoriales y a los libros con el público infantil. En la feria millares de niños entran en contacto con los libros, ven a los autores, que les firman los libros, ven representaciones teatrales o musicales de esos libros. Es un trabajo muy importante del cual México es pionero en América Latina. Este auge de la literatura infantil tiene dos vertientes, felizmente. Una, es un interés comercial, ya que un porcentaje muy alto de la población es infantil y juvenil, entonces, como nuestra sociedad está dirigida a las ventas y a la producción, hay que hacer para ellos libros, camisas, etcétera. Por ahí va el asunto. Ésa es una parte, pero también es cierto que hay una mayor conciencia de la importancia de la relación del ser humano con el arte, con la literatura. Yo creo que es un encuentro afortunado de estas dos situaciones.

La producción literaria dedicada a los niños...

—consigna el escritor, editor y promotor de la

lectura, Felipe Garrido— es historia reciente y suele señalarse al inglés John Newbery, con su *Juvenile Library*, como el creador de la literatura infantil. Al menos consta que Newbery fue el creador, en 1750, en Londres, en el número 65 de Saint Paul's Churchyard, de la primera librería editorial dedicada exclusivamente a los niños.*

Pero antes de este momento ya se hacían historias para niños, tanto las formales, creadas por escritores profesionales para entretenerlos y desarrollarles la imaginación, como las menos profesionales de padres de familia, educadores y religiosos, que en principio querían divertirlos igualmente, pero no dejaban de añadirle a sus creaciones orales o escritas su dosis de instrucción. Así se han podido rescatar en México historias míticas y fabulosas de la creación del mundo, pero también los consejos disfrazados de cuentos aleccionadores que igualmente daban a conocer a los niños indígenas los encargados de su educación, que vivían en este territorio antes de que llegaran los españoles. De esa remota historia parte el libro de Mario Rey.

—Aparte de consignar esa importante herencia que procede de las lenguas nativas, el libro tiene una primera parte que a mí me gusta mucho, que me parece muy importante, es una discusión acerca del concepto de literatura infantil, una literatura más chiquita y de menor calidad, ¿o qué?

—*¿Y qué es lo que se debe entender?, porque en muchas ocasiones, por ejemplo en el teatro, los actores que no se atreven con las obras grandes o para adultos, se*

* Mario Rey, *Historia y muestra de la literatura infantil mexicana*, prólogo de Felipe Garrido, México, Conaculta/SM, 2000.

refugian en la preparación de teatro para niños, pensando que los niños son menos exigentes...

—Pues eso sucede con la literatura. Hay autores que no se atreven a empeños mayores y entonces se meten en los terrenos de la literatura infantil y le hacen un daño, porque la literatura infantil debe ser literatura antes que todo. Ésa es mi gran discusión.

—*En tu libro figura material que se podría decir no es propiamente literario...*

—El libro lo hice pensando en los niños precisamente para que los niños puedan leer y gozar textos, poemas, cuentos, rondas, juegos, que no se publicaron pensando en los niños. Éste es uno de los temas de discusión que yo planteo en el libro. La distinción entre literatura para niños y adultos me parece un poco absurda. Lo importante es que esté bien escrita y que podamos leerla y gozarla y al mismo tiempo interpretarla de distintas formas, y si es así la van a poder leer niños o adultos, dependiendo de su capacidad como lectores, de su oficio como lectores...

—*El caso de Juan Ramón Jiménez y su Platero y yo, lo señalas en el libro como ejemplo de una obra que no fue escrita para niños, aunque sí gustada por ellos.*

—Juan Ramón cuenta que con ocasión de unas de las reediciones de la obra dudó respecto a si introducía o no modificaciones que tuvieran en cuenta al público infantil, dado que éste la acogía con interés; finalmente decidió dejarla tal como estaba, y hoy es aceptada como parte del repertorio infantil.

La costumbre de contar

—Hemos perdido la costumbre de contarles cuentos a los niños.

—*La falta de tiempo todo lo justifica, el vértigo de nuestra vida actual...*

—Pero por eso mismo estamos como estamos, donde los valores se han perdido, donde la corrupción y el pasar por encima del otro está primero que el bien, que la satisfacción interna.

—*Eso suena a moralismo. ¿Tú eres moralista?*

—No, no, no, pero es una realidad. La vida implica retos, compromisos que se asumen en los cuentos infantiles, pero si no tienes una sólida concepción acerca del bien y de la necesidad de encontrarle un sentido a la vida, pues entonces sucumbes ante tanta miseria.

—*En tu libro abres la discusión en torno a un tema que cobra actualidad cuando un padre de familia de relieve público asegura que él debe vigilar las lecturas de su hija, porque cree que la literatura para niños debe ser instructiva, didáctica. ¿Tú qué piensas?*

—Una de las grandes discusiones que se establecen en el libro gira en torno a ese asunto, si se entiende por didáctica que la historia remate al final de cuentas con un "esto, niño, te enseña que..."

—*Moralejas, prédicas y cosas de este tipo.*

—Yo creo que la literatura y el arte en general sí enseña, de una manera indirecta, con una participación activa del lector, que descifra, descubre y de alguna forma reinventa la historia y en ese sentido construye su propia enseñanza, su propia recreación del mundo. Porque en general, cuando las historias un poco ñoñamente te dicen: "tienes que aprender a no orinarte en los pantalones", lo que causan es un rechazo en el niño, pues él no es tonto y entiende que no orinarse en los pantalones o comer es algo que le tienen que enseñar porque así es la vida, pero que eso no es propio de la literatura. La literatura es un uso excelso, es un uso especial de la palabra.

—Pero tú incorporas al libro una serie de juegos que sí nos preparaban para la vida futura o nos daban enseñanzas religiosas, éticas, de laboriosidad, que nos enseñaban las bondades de la colaboración, de la real solidaridad, inclusive nos conducían a aceptar ciertas reglas de la vida común, a partir de los juegos.

—Claro, pero lo fundamental en la mayoría de esos juegos es el uso excelso, el uso placentero del lenguaje. Entonces, el mensaje puede estar o no estar de manera directa, aunque si los juegos han permanecido es porque la enseñanza no causa rechazo, porque lo que se le da al niño es una manera de relacionarse con la palabra y con el arte que es lo que le atrae. Es por eso que el niño se puede entregar, abandonar al goce del arte de una manera más fácil, ¿no?, más tranquilamente que si le repites la cantinela de la instrucción durante las 24 horas del día.

—La tentación es grande...

—Sí, porque los padres queremos enseñar todo el tiempo y entonces causamos de alguna forma rechazo. Tenemos que enseñar, instruir, educar, pero no cuando ponemos al niño en contacto con el arte, que es un espacio distinto, mágico. Si ese espacio lo llenamos con la forma y el discurso cotidiano, le quitamos esa magia. Eso sucede con una gran parte de la literatura que se hace para los niños, pues se intenta hacer pasar el discurso de padres, abuelos o educadores como si fuera literatura y pues los niños no son tontos.

—Las fábulas tenían esa función de enseñar, inclusive tenían siempre su moraleja. En la parte final se decía: "de donde se desprende que..." y allí venía la prédica, la lección.

—Sí, pero las fábulas no fueron escritas inicialmente para niños. Las fábulas fueron una forma retórica de los escritores de la antigüedad, para criticar los vicios humanos. Lo que pasa es que las fábulas, justamente además de este mensaje directo y de crítica, se podían leer de otra forma. La historia de la zorra es la de un animal que no alcanza las uvas y se justifica diciendo que están verdes. Es una historia universal, que divierte al niño, más allá de la moraleja directa que está al final.

—Aunque la moraleja puede ser otra. De la fábula de La Fontaine, "La cigarra y la hormiga", James Finn Garner hizo una versión políticamente correcta, en la que invierte la moraleja y así la cigarra acusa a la hormiga de acaparadora y la cigarra es nominada para un premio de cantante y además recibe una distinción por su obra, que a fin de cuentas resulta que estimula el trabajo de los demás. Algo que a lo mejor no cree nuestro secretario del Trabajo.

—¡Claro, eso no lo sabían La Fontaine, ni otros fabulistas que se dedicaron a condenar a la cigarra por considerarla representante de la pereza!

—Ni lo sabe una gran parte de la humanidad que considera que el arte y el canto no sirven para nada.

Las sorpresas del libro

—Al emprender este libro seguramente tenías tu hipótesis de trabajo. ¿Qué hallaste de diferente de lo que habías supuesto?

—Varias cosas. Una que a fines del siglo XIX y principios del XX en México hubo una época de revistas para niños, especialmente bonita y activa. En la Hemeroteca Nacional hay una gran cantidad de revis-

tas dedicadas a los niños. Eso me llamó la atención, me gusta mucho, porque se puede investigar y trabajar. Otra cosa que me atrajo la atención fue encontrar, en la literatura "de adultos", textos que pueden ser perfectamente gozados y entendidos por los niños y doy una muestra bastante grande de ese fenómeno. Y otra cosa que me parece muy importante es que en México, gracias a la diversidad lingüística y a la diversidad de pueblos, de etnias, tenemos numerosos relatos populares que están a la disposición de los escritores para que los lean, los hagan suyos, los escriban y produzcan una literatura semejante a la de los cuentos populares europeos que conocemos. Ahí hay un gran acervo, una gran mina, para los escritores.

—*¿Por qué no consideraste a los "monitos", las historietas, como parte de la literatura infantil? Para muchos niños ésa fue su manera de acercarse a las historias de invención.*

—En principio creo que por un prejuicio, no sé si académico, no sé exactamente dónde está su origen, de pensar que quizás en las historietas no hay una calidad literaria.

—*Pero en algunas sí había...*

—Por eso te digo, hay un prejuicio quizás en eso, ¿no? Entonces, existe ese prejuicio y yo no terminé de aclarar dentro de mí si existía allí literatura. Creo que es un fenómeno que escapa un poco a los términos propiamente literarios, aunque en un sentido amplio sí eran literarias, porque muchas de esas historietas ayudan al niño a acostumbrarse a leer y eso es una ventaja. Desgraciadamente en la mayor parte de los casos la calidad literaria, es decir el uso correcto de la palabra, el uso artístico de la palabra, pues es muy escaso. Entonces, en ese sentido me abstuve mejor y ahora tendría que revisar con mu-

cho cuidado la gran producción, porque tú me contabas que escritores como José Agustín, Gustavo Sainz, Juan Bañuelos, Raúl Navarrete, Gerardo de la Torre, Luis Guillermo Piazza, Alfredo Cardona Peña, tú mismo, participaron en la elaboración de estas historietas. Entonces habría que revisarlas con mayor cuidado. Yo no me atreví a eso, no era lo que me interesaba.

Abrapalabra, XEW,
17 de febrero de 2001